

**3 CUENTOS
VENEZOLANOS
CORTOS PARA NIÑOS**



El Tío Conejo y el Tío Tigre

En el corazón de la selva venezolana, donde los árboles tocan el cielo y los ríos rugen con fuerza, vivían dos personajes muy conocidos: el Tío Conejo y el Tío Tigre. El Tío Conejo era pequeño pero astuto, siempre usando su ingenio para salir de problemas. Por otro lado, el Tío Tigre, grande y fuerte, era temido por su feroz apetito.

Un día, el Tío Tigre decidió que ya estaba cansado de su comida habitual y pensó que el Tío Conejo sería un excelente banquete. Siguiendo las huellas del pequeño conejo, llegó hasta su madriguera, escondida entre las raíces de un gran árbol.

—¡Tío Conejo! —rugió el Tío Tigre con voz grave—. ¡Sal de ahí, porque he decidido comerte!

Desde su madriguera, el Tío Conejo, calmado como siempre, respondió:

—Un momento, Tío Tigre. ¿Por qué comerse a un pequeño conejo como yo, que no alcanzará ni para un bocado? Tengo una mejor idea.

Intrigado, el Tío Tigre escuchó al Tío Conejo, quien le propuso llevarlo a un lugar lleno de conejos grandes y jugosos. Ansioso por una presa más sustanciosa, el Tío Tigre aceptó.

El Tío Conejo lo guió por la selva hasta llegar a un campo lleno de «conejos» que saltaban entre las hortalizas. Pero había un detalle que el Tío Tigre no notó: esos «conejos» eran piedras pintadas de blanco.

Cegado por el hambre, el Tío Tigre se lanzó hacia ellas con un rugido feroz, chocando contra las piedras y quedando aturdido.

El Tío Conejo, rápido como el viento, aprovechó la confusión para escapar. Cuando el Tío Tigre recuperó el sentido, estaba furioso y persiguió al Tío Conejo por toda la selva.

Sin embargo, el pequeño conejo siempre lograba burlarlo gracias a su astucia y velocidad.

Finalmente, el Tío Tigre, agotado y derrotado, reconoció su error. El Tío Conejo le dijo:

—Tío Tigre, hoy aprendiste que no siempre la fuerza es la mejor opción. La inteligencia y la astucia pueden ser más poderosas. Desde entonces, aunque seguían siendo rivales, el Tío Conejo y el Tío Tigre aprendieron a convivir en la selva, siempre con un toque de humor y respeto.



La Cucarachita Martina

Había una vez una cucarachita llamada Martina, que vivía en una casita detrás de la nevera de una cocina. Martina era muy curiosa y soñadora, y siempre se preguntaba cómo sería el mundo más allá de su hogar.

Un día, decidió que era hora de cumplir su sueño. Se despidió de su familia y amigos y emprendió un viaje lleno de aventuras. Martina cruzó calles empedradas, subió montañas y atravesó ríos.

En su camino, conoció personajes muy interesantes: un ratón que le regaló un sombrero elegante, un gato que le enseñó a bailar, un perro que le ofreció un paseo en su lomo y una mariposa que la guió para descubrir la belleza de las flores.

Sin embargo, no todo fue fácil. Martina enfrentó algunos peligros: escapó de un pollito curioso que intentó picotearla, se escondió de un gato hambriento y cruzó un río caudaloso con la ayuda de una rana amable. A pesar de las dificultades, Martina nunca perdió su espíritu aventurero ni su optimismo.

Un día, llegó a un gran jardín lleno de flores de todos los colores. Martina quedó maravillada con su belleza y decidió quedarse a vivir allí.

Construyó una pequeña casa en una flor y, con el tiempo, se convirtió en la reina del jardín. Martina era una reina bondadosa: ayudaba a las flores a crecer, les contaba historias a los insectos y organizaba divertidas fiestas para todos.

Un día, su familia la encontró en el jardín. Estaban muy felices de volver a verla y le contaron cuánto la habían extrañado. Martina, emocionada, compartió con ellos todas las historias de sus aventuras. Decidió regresar a casa, pero nunca olvidó las lecciones que había aprendido ni los amigos que había hecho en su viaje.

La historia de La Cucarachita Martina nos enseña que con curiosidad, valentía y bondad, podemos explorar el mundo y alcanzar nuestros sueños. También nos recuerda la importancia de la familia y los amigos, quienes siempre están a nuestro lado, incluso cuando emprendemos grandes aventuras.



«Un regalo para Julia»
Francisco Massiani

Julia, una niña de ojos curiosos y sonrisa tímida, vivía en un pequeño pueblo rodeado de montañas. Amaba explorar los prados cercanos con su perro Pipo, pero últimamente su corazón estaba un poco triste. Su mejor amigo, Andrés, había tenido que mudarse a otra ciudad, llevándose con él las risas y los juegos compartidos.

Un día, mientras ayudaba a su mamá a ordenar la casa, encontró una pequeña caja envuelta en papel rojo en su habitación. Sobre ella había una nota escrita con la letra desordenada de Andrés: «Para Julia, ábrelo cuando más me extrañes.»

Julia sostuvo la caja entre sus manos, sintiendo cómo una chispa de alegría encendía su día gris. La abrió con cuidado, y dentro encontró un pañuelo de colores brillantes y una piedrecita blanca y suave.

Recordó de inmediato sus aventuras con Andrés en el río cercano, donde recogían piedras para construir pequeños puentes. El pañuelo había sido suyo, usado en tantas excursiones como bandera de sus «expediciones».

Pero había más: una carta doblada en cuatro partes. Julia la desplegó con manos temblorosas.

«Querida Julia: Sé que me extrañarás, pero quiero que sepas que estoy contigo en cada piedra del camino y en cada aventura que vivas. Usa el pañuelo como capa cuando seas una heroína y como bandera cuando conquistes tus propios sueños.

La piedra es para que recuerdes que la amistad, como las rocas del río, es fuerte y perdura. Te prometo que nos volveremos a ver. Tu amigo siempre, Andrés.»

Julia apretó la piedra contra su pecho y ató el pañuelo en su cuello, como una capa de superhéroe. Miró al cielo con una sonrisa, sintiendo que Andrés estaba más cerca de lo que parecía.

Ese regalo no solo era un recuerdo, sino también un recordatorio: las verdaderas amistades nunca desaparecen.



El Gato con Botas Venezolano

En un pequeño pueblo de Venezuela, vivía Juan, el hijo menor de un humilde molinero. Aunque la familia no tenía riquezas, Juan era un joven bueno y trabajador. Tras la muerte de su padre, a Juan le tocó un burro como herencia, mientras que su hermano mayor, Pedro, recibió el molino.

Juan decidió no rendirse y comenzó a usar su burro para transportar mercancías por el país. Durante uno de sus viajes, se encontró con un gato callejero que lo dejó atónito: ¡el gato hablaba con voz humana!

—Si me das unas botas y un sombrero, puedo ayudarte a conquistar a la Princesa Isabel —dijo el gato con gran seguridad.

Aunque sorprendido, Juan confió en él y cumplió su petición. Con sus nuevas botas y sombrero, el gato ideó un plan astuto. Se presentó ante el Rey en nombre del «Príncipe Armando», un supuesto noble poderoso y pretendiente de la princesa.

Para impresionar al Rey, el gato llevó un saco lleno de conejos capturados con su ingenio, diciendo que eran un regalo del príncipe.

El Rey quedó encantado con la ofrenda y aceptó invitar al «Príncipe Armando» al palacio. Pero Juan no tenía ropa elegante ni joyas para parecer un noble.

Una vez más, el gato demostró su astucia. Hizo que Juan se presentara con sencillez al Rey, mientras él se encargaba de crear una imagen de riqueza y linaje.

Durante el banquete, Juan y la Princesa Isabel se conocieron y, gracias a la ayuda del gato, Juan se ganó su corazón. Pronto, el Rey dio su bendición, y Juan e Isabel se casaron en una gran celebración.

El gato no solo se convirtió en el fiel consejero del Rey, sino también en un protector del pueblo. Desde entonces, el cuento del Gato con Botas venezolano se ha contado para inspirar valentía, astucia y amistad.



«El piano viejo»
Rómulo Gallegos

En una vieja casa de un barrio humilde de Caracas, la familia Villalba vivía con más sueños que comodidades. Don Sebastián, el padre, trabajaba como carpintero, mientras que Doña Amalia cuidaba del hogar y sus dos hijos pequeños, Elena y Miguel.

Una tarde, mientras limpiaban el desván, descubrieron un piano cubierto de polvo y telarañas. Era un piano viejo, con teclas amarillentas y cuerdas sueltas, que parecía haber sido olvidado por el tiempo.

—¡Qué maravilla! —exclamó Elena, tocando una tecla que apenas emitió un sonido ronco.

Don Sebastián explicó que el piano había pertenecido a su abuelo, un músico de pueblo que solía tocar en fiestas y reuniones. Aunque la música había dejado de sonar en la familia hacía años, ver aquel instrumento despertó algo en Elena.

—¿Podemos arreglarlo? —preguntó con ojos brillantes.

El padre dudó. Restaurar un piano era costoso, y apenas alcanzaba para cubrir las necesidades diarias. Pero la insistencia de Elena lo conmovió.

Durante las noches, después de trabajar, empezó a reparar el piano con las herramientas que tenía. Miguel ayudaba a limpiar las teclas, mientras Elena soñaba despierta con las melodías que podría tocar.

Cuando finalmente el piano estuvo listo, aunque no perfecto, Elena se sentó frente a él. Sus manos, al principio temblorosas, empezaron a pulsar las teclas. Aunque nunca había tomado una lección, parecía que la música fluía de su interior, como si la memoria de su bisabuelo guiara sus dedos.

La música llenó la casa, atrayendo a los vecinos. Pronto, Elena tocaba para todos, alegrando las tardes del barrio. La familia Villalba, que había vivido en medio de carencias, encontró en el piano algo más valioso que cualquier riqueza: un motivo para soñar y compartir.

Moraleja: La música, incluso en los lugares más humildes, puede ser un puente hacia los sueños y la conexión con nuestras raíces.